

FRANCISCO HERRERA LUQUE

La novela de Ana Teresa Torres aparece sorpresivamente en el panorama editorial venezolano con visos de convertirse en uno de los libros más vendidos de la temporada. No es de extrañar que una novela sobre una Venezuela irrecuperable y exiliada por la vulgaridad de estos días multiplique sus lectores



El exilio del tiempo

ferido, las mujeres que asumen el difícil arte de narrar, sólo alcanzarán un clamoroso éxito, como es el caso de Teresa de la Parra y ahora el de Ana Teresa Torres cuando rompen con los esquemas preestablecidos de raigambre varonil, para enfrentarse al mundo y develar su condición de mujer, mostrándonos ignotos parajes plenos de belleza y de trascendencia.

Hay algo más que quiero añadir en relación a las dos Teresas. Teresa de la Parra evoca al escribir para que dure y perdure un mundo bello e injusto que amenazaba ruina. Quiere tallar en piedra vivencias gratas que sirvan de eterna rememoración. Padece de reminiscencias. Quiere estancar al tiempo. Vivir en el pasado en continua añoranza. Perpetuar lo que fue, cuando el tiempo se ha ido. De ahí que sus novelas tengan algo del manido canto del pájaro agonizante. Ana Teresa hace exactamente lo opuesto. Al igual que la autora de *Ifigenia*, ama su pasado mediato e inmediato, personal y tribal. Le rinde pleitesía en los más hermosos, sagaces y profundos términos. A mí, que puedo ser su padre, me sacó el llanto seco de las grandes revulsiones, tal era la magia que se desprendía de aquellas páginas que me hicieron recuperar la memoria olvidada de mi infancia, la dulce angustia de los años mozos, el debatir de la madurez y la triste desesperanza de cuando acaba el otoño. Es una obra maestra de perspicacia para captar la esencia de sucesos, de los que fui brumoso testigo durante mi primera niñez, cuando a la autora le faltaban quince años para venir al mundo y más de veinticinco para el "darse cuenta". Claro está, que, ella, además de hablar por sí misma, lo hace con las voces prestadas de sus personajes. Pero lo que sorprende e ilumina su obra de esplendor, hasta

exceder el talento, es su habilidad para aprehender lo axial, a partir de lo accesorio; para verterlo luego con exquisita sensibilidad en su discurso. Así vemos desfilar al ritmo de sus conjuros, el París de la preguerra, el retorno a Venezuela luego de la muerte de Gómez: la demolición de la vieja Caracas, la transformación de la casa solariega de la esquina de Veroes en pensión de inmigrantes, que ante tamaña profanación terminan por demoler para construir un modesto edificio de apartamentos y luego mudarse a una urbanización al este de la ciudad,

donde ya es de buen tono que viva la gente "decente", término hermético de una casta social, sólo accesible a sus integrantes, que Ana Teresa se atreve a divulgar con tersura, suave ironía reverencial, piadosa tanto para los soberbios como para los ultrajados, mordaz y sarcástica con los antihéroes contemporáneos pletóricos de riqueza y de mal gusto. Hay voces que por sí solas contienen más verdad que un tratado de sociología.

"María Josefina — escribe en alguna parte — vino con el candidato a cuarto marido que se puso una corbata rarísima para la ocasión con unas palmeras verdes o algo así y decía no joda todo el tiempo y a Margarita eso le molestaba mucho. Y lo llamaba usted y el tipo le decía mi doña, que siempre ha crispado a mi abuela, porque dice que es una expresión de medio palo" / "...serás culpable — afirma la tía — si tus hijos se influyen mal con esta niña porque a pesar de que se ha educado con nosotros no parece gente de uno" / "Hubo muchas familias que antes no eran nadie y que con el asunto del petróleo no te cuento los humos que se le pusieron, gente que no conocíamos, que no se nos hubiese ocurrido frecuentar" / "Me fastidiaba — señala Olga — un poco la actitud de desprecio tan marcado que tenían hacia las muchachas de medio palo, la forma en que erigían una barrera invisible pero impenetrable entre ellas y nosotras" / "Ser adeco no es ninguna mala palabra — prosigue — pero en aquella época tenía un sentido muy diferente, se consideraba de mal gusto, populachero, comunista". Hay juicios brevísimos en una frase que develan nuestra idiosincrasia con amor, humor y certeza. / "...esos niños son venezolanos, porque ese afán de destrucción no puede ser de otra parte" / Abundan las fórmulas heurísticas de una clase dominante que se desvanece, una mesalliance lo mismo podría darse por casarse demasiado por debajo que demasiado por arriba y que la gente debía unirse dentro de su clase. "Comenzaba a correr el dinero y era imprescindible dejar atrás un pasado acomodado y modesto, de familias distinguidas, como se decía, para entrar en la dinámica moderna" / "Mamá opinaba que permitir la convivencia con gentes extrañas, con la que nada nos enlazaba, era una amenaza a nuestro pasado" / "Permanecía en un mundo diseñado para evitar el azar" /

Marisol, una de las protagonistas, está condenada a evolucionar. Entra en convivencia con los grupos insurreccionales de los años 60 y abjura a sus creencias. Ya no hay huella aparente de la niña bien que determinara su ancestro. Un cambio profundo se ha operado en la protagonista, no por pérdida de objeto, como diría la disciplina que Ana Teresa practica sino por soberanía y libre decisión; y como no pudo dejar de amarlos, los exilió en el tiempo.

El exilio del tiempo / Ana Teresa Torres. Monte Avila Editores — Continentes. Caracas, 1990.

El exilio del tiempo, además de ser un espléndido exorcismo de reminiscencias, es una saga donde Ana Teresa Torres rehace con voz propia y ajena un espacio existencial a todo lo largo de esta centuria.

El escritor no puede librarse en su perspectiva de su tiempo; es decir, de lo que somos y de lo que hemos sido. Cada lugar en la geografía tiene un paisaje. Caracas, la de Ana Teresa, es El Avila, una casa solariega en el cuadrilátero histórico y un jardín umbroso en el Este, donde se entremezclan los olores del mango con el de las naranjas. Pero hay algo más: Ana Teresa, al igual que Teresa de la Parra, con la que equívoca y arteramente el juicio ligero habrá de comparar, expresa en su obra la más acabada feminidad. Es cierto que Teresa de la Parra fue una eximia escritora, que con galanura e irreverencia concitó su pasado, un paraíso perdido y al cual no podría volver. Es cierto que por primera vez una mujer nacida en esta tierra, nos muestra con talento la visión de un mundo construido por los hombres y para los hombres. Si en la perspectiva del escritor es determinante la geografía y el estamento social, más importante es el signo erótico de su alma. Aunque en cada hombre hay un alma y en toda alma un animus, la comprensión, "el arte de ver al otro por estar contenido en mí" adolece de penetración en la mayor parte de los autores al enfocar el sexo opuesto. En los escritores del sexo masculino el déficit de comprensión es menos catastrófico, aun en nuestro tiempo. La mujer en la historia ha sido objeto más que sujeto, fuente de placer, botín de guerra, "el animal de cabellos largos...", el ser vegetativo, el despojo de Adán, el suceso ocasional en la vida de los héroes, tema primordial de la novela, que como bien lo dijo Menéndez Pidal, no es más que una epopeya degradada. De ahí que en la narrativa de la masculinidad el alma de la mujer suele ser mal tratada por incomprendida; de alcanzar algún relieve, será para encarnar a Venus, a Hécate y excepcionalmente a Minerva. Pero, como la historia es, de acuerdo a un sentir hoy día silenciado, cuestión de hombres, toda novela ha sido y continuará siendo una lucha entre campeones donde la acción no se resiente de adjudicarse a la mujer, el velado papel que se le asigna. La mujer cuando narra, no escapa a ese fatum de la incompreensión del sexo opuesto. Hasta nuestros propios días, y aún dentro de ellos, le falta vivencias permisibles, como la guerra, el libre deambular por zonas de peligro, el encuentro sin huella, el placer carnal sin preámbulos ni consecuencias, las borracheras corales. De ahí, que la gran mayoría de las novelas escritas por mujeres son obras desvaídas y desvalidas; les hace falta el elan vital, la proporción del drama, la rusticidad de lo total y hasta el sentido del humor que asciende de los fondos. Quizás por todo lo re-